

Filipenses 2, 6-11

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Lucas 19, 28-40

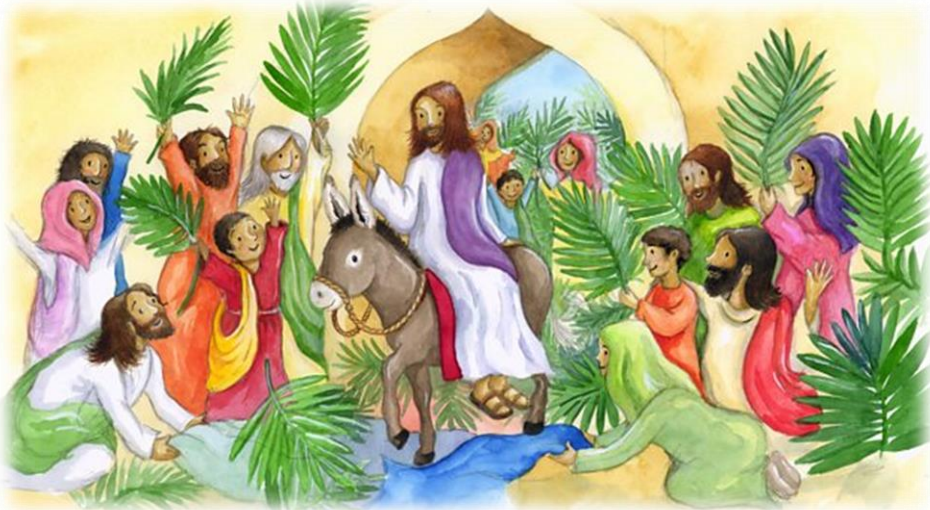
Dicho esto, iba delante subiendo a Jerusalén.

Y aconteció que llegando cerca de Betfagé y de Betania, al monte que se llama de los Olivos, envió dos de sus discípulos, diciendo: Id a la aldea de enfrente, y al entrar en ella hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado jamás; desatadlo, y traedlo. Y si alguien os preguntare: ¿Por qué lo desatáis? le responderéis así: Porque el Señor lo necesita.

Fueron los que habían sido enviados, y hallaron como les dijo. Y cuando desataban el pollino, sus dueños les dijeron: ¿Por qué desatáis el pollino? Ellos dijeron: Porque el Señor lo necesita. Y lo trajeron a Jesús; y habiendo echado sus mantos sobre el pollino, subieron a Jesús encima. Y a su paso tendían sus mantos por el camino.

Cuando llegaban ya cerca de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, gozándose, comenzó a alabar a Dios a grandes voces por todas las maravillas que habían visto, diciendo: ¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor; paz en el cielo, y gloria en las alturas!

Entonces algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. Él, respondiendo, les dijo: Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían.



Comunidad Católica de Lengua Española

Remscheid-Wuppertal-Wermelskirchen-Langefeld

Hoja N° 19 - 2019



Con el Triduo pascual celebraremos el misterio pascual de Jesucristo. Como seguidores del Verbo Encarnado, estamos invitados a acompañar a nuestro Señor y Maestro en su viaje de pasión, muerte y resurrección. Dado que participar en este misterio es esencial para nuestra renovación y transformación, ahora reflexionaremos sobre los tres momentos específicos de este misterio.

La Cena del Señor: una invitación a estar enraizados en el amor de Dios. El Triduo comienza con la misa vespertina de la Cena del Señor, el jueves santo, que conmemora la institución de la Eucaristía. La Sagrada Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo. Reflexionar sobre este misterio nos lleva a descubrir cuánto nos ama Dios y esto nos desafía a estar abiertos a su amor. La experiencia de ser amado por Dios es siempre un punto de partida de nuestra renovación y transformación. Estar enraizados en el amor de Dios es la fuerza que nos da una vida más enérgica y nos libera de cualquier temor a nuevos desafíos. De esta manera, podemos convertirnos en embajadores efectivos del amor de Dios por el mundo. La última cena también es una indicación de servicio. El lavatorio de los pies es un símbolo poderoso que nos

enseña a estar al servicio de los demás. La alegría florece a través del servicio y la alegría llena el aire cuando nos acercamos a otros en el servicio.

Viernes Santo: una invitación a tomar nuestra cruz y seguir a Jesús en su camino de amor abnegado. El Viernes Santo conmemoramos el sufrimiento, la pasión y la muerte de Jesucristo. La vida de Jesús, su sufrimiento y la muerte en la cruz fueron expresiones de su amor misericordioso y abnegado por el mundo. Seguir a Jesús en su dolor significa estar dispuestos a morir a todo lo que no proviene de Dios, es decir, a todos los elementos que niegan el amor y la vida. Como discípulos de Jesús, debemos estar preparados para una experiencia que incluye el sacrificio y la cruz. No necesitamos buscar cruces. Ya forman parte de nuestra vida. Permanecer unidos a Jesús en su amor, ser fieles a nuestras responsabilidades y estar listos para salir de nuestras zonas de confort y aceptar nuevos desafíos, estar cerca de los que sufren los problemas de la vida, compartir con los necesitados, acompañar a los enfermos, los marginados, los refugiados, los ancianos y los oprimidos siempre nos cuesta algo. La pregunta sigue siendo: ¿estamos listos para enfrentar estos desafíos? En su muerte en la cruz, Jesús nos mostró no solo su amor abnegado, sino también el lugar donde debemos estar como sus seguidores. En su sufrimiento, quería estar en solidaridad con todos los que sufren, con todos los marginados, oprimidos, pobres, cuya dignidad ha sido violada.

La resurrección de Jesús: una invitación a ser abiertos y a compartir el amor vivificante de Dios. Jesús prometió a sus discípulos antes de su Pasión: “Les veré de nuevo, y sus corazones se alegrarán, y nadie les quitará el gozo” (Juan 16:22). Después de su resurrección, cumplió lo que había prometido: “Los discípulos se regocijaron cuando vieron al Señor” (Juan 20:20). La presencia del Señor resucitado entre sus discípulos es la fuente de su gozo. Cuando seguimos a Jesús en su camino de la cruz, podemos estar seguros de que también tendremos una participación en su nueva vida y felicidad. Jesús, a quien seguimos, no está muerto, está vivo. El poder vital de su resurrección está trabajando dentro de cada uno de nosotros. Esto está en la raíz de nuestra alegría cristiana. Sin embargo, no es suficiente para nosotros experimentar esto individualmente. Se supone que esta alegría fluye a través de nosotros al mundo entero. Se multiplica al compartirlo. Nuestra vida, motivada por el amor, puede sembrar alegría donde quiera que estemos. En otras palabras: donde sea que sembremos amor, la alegría crece.



En la **carta a los filipenses (2, 6-11)**, Pablo recuerda un himno, que seguramente formaba ya parte de la formulación de fe de muchos grupos cristianos, pero que a él le sirve para invitar a la comunidad a revisar su forma de actuar. En una ciudad como Filipos, en la que adquirir honores y subir en el escalafón era casi un proyecto de vida, seguir a Jesús suponía abandonar expectativas sociales y modos de conducta ampliamente reconocidos para asumir una propuesta diferente: hacer el camino de descenso hacia lo pequeño y humilde, renunciando a privilegios y lugares destacados. Y esto, no como un mero camino ascético y voluntarista, sino porque la fe que habían abrazado se sostenía en un Dios vaciado de títulos y cuyo único poder era el amor. Un Dios que, en Jesús, abrazaba el abismo de la impotencia y la muerte para poder ofrecer su salvación a todo ser humano sin distinción. Abajarse para entrar en el espacio del encuentro. Abajarse para poder mirar de frente la humanidad sin adornos.

El largo relato de **Lucas 22, 14-23,-56** nos ayuda a recorrer los últimos momentos de la vida de Jesús, contemplando su proceso de entrega y encuentro renovado con Abba, que en todo momento sostuvo su vida. Jesús actúa en este momento dramático sin victimismos, sabiendo que el horizonte está más allá de su propia persona.

Sentado junto a los hombres y mujeres que le habían acompañado desde Galilea, comparte con ellos y ellas lo que conmueve su alma. Sabe que su enfrentamiento con las autoridades políticas y religiosas ha llevado su vida a un punto sin retorno. Los gestos del pan y el vino compartidos adquieren una densidad inaudita porque en ellos se expresa su entrega y su renuncia, su fidelidad y la gratuidad que brota de su existencia (Lc, 22, 14-23).

Sus compañeros de camino entienden con dificultad lo que está pasando. Siguen soñando con resultados poderosos, con puestos de gobierno. Frente a un Jesús profundamente conmovido y dispuesto a afrontar las consecuencias de su predicación y de sus praxis, sus discípulos sueñan con recibir premios y estatus. Pero el maestro les recuerda que solo es posible seguirle desde abajo y de frente. El Reino de Dios no se conquista, el Reino de Dios se encuentra cuando se sirve la mesa, una mesa sin presidencias ni lugares de honor. Una mesa donde el pan y el vino es de todas y todos, porque todas y todos somos sostenidas/os por el amor y el perdón gratuito de Dios. (Lc 22,24-38).



El camino desde el huerto de los olivos a la cruz es un camino lento. De cerca las mujeres que subieron desde Galilea con él a Jerusalén le acompañan. Ellas resisten a pesar del dolor y el miedo, ellas sienten la derrota, pero saben que nada les apartará del amigo y del maestro que las liberó, las eligió y les invitó a ser sus discípulas y compañeras en el

proyecto del Reino. (Lc 23, 49). Ellas lo observaban todo de cerca, comenta Lucas, no podía hacer más, pero a pesar de la impotencia y el desconsuelo, permanecieron, y su permanencia les hará capaces de ser las primeras testigos de la Resurrección, reactivando su esperanza, sus recuerdos y su fe. (Lc 23, 55-56).

Carmen Soto Varela



Horario de oficina

Lunes - Viernes

8,30 – 13,00 horas

Misas

Remscheid-Lennep:

St. Bonaventura

domingos **11,15 h**

Wuppertal:

St. Laurentius

domingos **13,00 h**

Wermelskirchen

St. Michael

1º sábado de mes **16,30 h**

Langenfeld

St. Joseph

1º sábado de mes **18,45 h**

Dirección y contacto

Oficina: Schwelmer Str. 53

42897 Remscheid

Tel. oficina 02191/668490

Tel. P. Pedro 0178/9353028

miscat.rs@arcor.de

AVISOS PARA LA COMUNIDAD

- **16.04.19** – Celebración Penitencial en RS-Lennep a las **18,30 horas** – St. Bonaventura.
- **18.04.19** – JUEVES SANTO Celebración con la comunidad alemana a las **19,30 horas** en RS-Lennep - San Bonaventura.
- **19.04.19** – VIERNES SANTO – Via Crucis a las **11,00 horas** en la Misión de Remscheid. A las **15,00 horas** adoración de la Cruz en la Iglesia de San Bonaventura en RS-Lennep, con la Comunidad alemana. (traer una flor para la celebración).
- **20.04.19** – SÁBADO SANTO – Vigilia Pascual a las **21,30 horas** con la Comunidad alemana en la Iglesia de San Bonaventura en RS-Lennep.
- **21.04.19 – Domingo de Resurrección**
11,15 horas – Misa San Bonaventura en RS-Lennep
13,00 horas – Misa San Laurentius en Wuppertal
16,30 horas – Misa San Michael en Wermelskirchen
18,45 horas – Misa San Joseph en Langenfeld
- **27.04.19** - Encuentro con un Misionero de Costa Rica – **18,00 horas** en la Misión